

LIBROS

La Cruz había unido un día en España, hoy el error y la heterogeneidad lo ha dividido. Razas distintas, caracteres muy diversos, lenguas varias, todo parecía aspirar para que nunca en España existiera unión, unidad, ni Patria.

Empezó por dar a España el primer elemento de su unidad, en su lenguaje y en su arte. Pero esta unidad era incompleta y muy deficiente. Sin tener al mismo Dios, un mismo altar, unos mismos sacrificios, con tanta variedad de razas, imposible era la unidad y menos el sentimiento de Patria.

Esta unidad solo podía darla el cristianismo, y se la dió a España. Por ella España gran nación; en vez de multitud de pueblos disgregados, presa de vicios codiciosos, astutos ó más poderosos. Como muy bien dice Menéndez Pelayo: «No elaboraron nuestra unidad el hierro de la conquista, ni la sabiduría de los legisladores: la hicieron los apóstoles y los siete varones apostólicos: la regaron con su sangre el mártir Lorenzo, los atletas del circo de Tarragona, las vírgenes Eulalia y Agracia, las innumerables legiones de mártires cesaraugustanos; la escribió en su draconiano Código los Padres de Iliberia; brilló en Nicea y en Sardis sobre el frente de Osio y en Roma sobre el frente de San Dámaso; cantó Prudencio en versos de hierro alabólico; triunfó del maniqueísmo y del gnosticismo oriental, del arrianismo de los bárbaros y del donatismo africano; civilizó á los suaves, hizo de los visigodos la primera nación del Occidente; escribió en las *Etiologías* la primera enciclopedia; fundó de escuelas los átrios de nuestras templos; comenzó á levantar entre los despojos de la antigua doctrina el alcazar de la ciencia escolástica; por manos de Liciano, de Tajón y de San Isidoro; borró en el *Fuero Juzgo* la última ley de razas; llamó al pueblo á asentir á las deliberaciones conciliares; dió el jugo de sus pechos, que funden eterna y santa fortaleza, á los restauradores del Norte y á los mártires del Mediodía, á San Eulogio y Alarcón Cordobés, á Pelayo y á Omar el-Hatsun; mandó á Teodulfo, á Claudio y á Prudencio á civilizar la Francia carolingia; dió maestros á Garbeto; amparó bajo el manto prelado del arzobispo don Raimundo y bajo la púrpura del emperador Alfonso VII, la ciencia semítico española...

¿Quién contará todos los beneficios de esta social que á esa unidad debimos, que no hay en España piedra ni monte que no nos hable de ella con la elocuencia de algún santuario en ruinas? Si en la edad Media nunca dejamos de considerarnos unos, fué por el sentimiento cristiano, la sola cosa que nos unía, á pesar de aberraciones parciales, á pesar de nuestras luchas más que civiles, á pesar de los renegados y de los *maladies*. El sentimiento de patria es moderno; no hay patria en aquellos tiempos, no la hay en rigor hasta el Renacimiento, pero hay una fe, un bautismo, una grey, un Pastor, una Iglesia, una liturgia, una cruzada eterna, y una legión de Santos que combaten por nosotros, desde Causagant hasta Almería, desde Murad hasta la Higuera.

Dios nos concedió la victoria, y premió el esfuerzo perseverante dándonos el destino más alto entre todos los destinos de la historia humana: el de completar el planeta, el de borrar los antiguos linderos del mundo. Un ideal de nuestra raza forzó el cabo de

los Tormentos, interrumpiendo el sueño secular de Adamastor, y reveló el misterio del sagrado Ganges, trayendo por despojos las aromas de Ceylán y las perlas que adornaban la cuna del Sol y el Tálamo de la aurora. Y el otro ramal fué á prender en tierra intacta aun de caricias humanas, donde los ríos eran como mares y los montes veneros de plata, y en cuyo hemisferio brillaban estrellas nunca imaginadas por Tolomeo ni por Hiparco.

¡Dichosa edad aquella, de prestigios y maravillas, edad de juventud y de robusta vida! España era ó se creía el pueblo de Dios, y cada español, cual otro Josué, sentía en su fé aliento bastante para derrocar los muros al son de las trompetas, ó para atajar el sol en su carrera. Nada parecía ni resultaba imposible, la fe de aquellos hombres, que parecían guarnecidos de triple lámina de bronce, era la fé que mueve de su lugar las montañas. Por eso en los arcanos de Dios les estaba guardado el hacer sonar la palabra de Cristo en las más bárbaras gentes; el hundir en el golfo de Corinto las soberbias naves del tirano de Grecia, y salvar, por ministerio del joven de Austria, la Europa occidental del segundo y postrer amago del islamismo; el romper las huestes luteranas en las morismas bárbaras, con la espada en la boca y el agua á la cinta, y el entregar á la Iglesia Romana cien pueblos por cada uno que le arrebatara la herejía.

España, evangelizadora de la mitad del orbe, España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio... esa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra. Tal era la antigua Tradición española, formada y alimentada en los brazos de Cristo. Por mucho tiempo fué perseguida y cómo Lorea ó Paula madre de Amaya, pereció bajo los escombros y el fuego de una impía revolución, apareciendo con señales de vida nuestra Amaya, que fué de modo milagroso salvada en medio de aquel cataclismo sin precedentes. La hermosura de la hija, ha de ser semejante á la de la madre, y la virtud y atractivo de aquella, en nada dejará atrás á la de Paula.

Gas obras sociales y la política

No faltan entre los que se preocupan del mejoramiento social, hombres impacientes, á quienes alienta, sin embargo, una excelente voluntad, los cuales á menudo se interrogan respecto á los fines políticos que estas sociedades pudieran proponerse.

Frecuentemente no hallan contestación á su demanda y languidecen en sus bríos; y aun se apartan definitivamente de su empresa. Y, sin embargo, hay que convenir en que si de alguna manera ha de encauzarse la vida política de las naciones, hoy bien perturbada en todas partes, á una acción social constante y bien determinada se ha de deber.

Es bien corriente la desconfianza en los sistemas políticos, y lanzar este problema á la discusión vale tanto como arrojar la manzana de la discordia aun entre las personas mejor dispuestas y convencidas de lo urgente que es procurar una valla al actual desquiciamiento.

La experiencia nos lo va demostrando desde hace largo tiempo; por esto los hombres pensadores procuran arrancar la cuestión de ese difícil terreno y colocarse en uno neutral, al mismo tiempo muy fértil en provechosos resultados. El es el de las obras sociales, llamadas por su carácter de

inmediato y universal interés á ser el campo de batalla donde las ideas de justicia y de paz se afiancen positivamente. Del tino y acierto con que se aborden los diversos temas, y para los católicos no puede faltar ese acierto en lo esencial, se sucederá la creación de intereses colectivos, que sujetarán á los hombres en el orden moral por la virtualidad misma del principio fundamental, y en el orden material por las conquistas y mejoras que legítimamente pueden conseguir las diversas clases sociales.

Una vez conseguido ese vínculo común de los intereses creados, difícil será romperlo, porque se habrá creado una obra de solidaridad que á todos importa conservar porque es su propia defensa, el baluarte contra toda injusticia, y seguramente en esas colectividades informadas por un espíritu religioso surgirán, con la fuerza de un imperativo, modificaciones saludables para bien de las naciones. En una palabra, esa afinidad de intereses que han nacido apoyándose los de una agrupación en los de otra, no engendrarán colisiones entre ellos sino mancomunidad efectiva y constante, que necesariamente ha de reflejarse en las constituciones políticas de los pueblos.

En las obras sociales, pues, es donde nuestra actividad debe desplegar toda su energía: ninguna manifestación debe ser olvidada, desde el sindicato á la agrupación, á la enseñanza, etc., basando siempre todas nuestras empresas en la mutualidad vigorosamente establecida.

Es bien cierto que si entendiéramos de una vez para siempre cómo las enfermedades colectivas deben remedarse algo desde lejos, porque esta terapia es á veces peligrosa, y á menudo ineficaz en los primeros instantes todos entraríamos por los nuevos derroteros.

JOSÉ ROGERIO SÁNCHEZ.

Contestando á "Diario de Gerona,"

Se nos interesa la inserción de las siguientes líneas:

«Prescindiendo de toda apreciación sobre la caballerosidad que para con nuestro querido amigo y Diputado á Cortes don Dalmacio Iglesias quiera guardar el *Diario de Gerona* publicando, cual apelando á su nobleza se le interesaré, ó dejándolo de publicar, las cuartillas que á título de rectificación le fueron entregadas en su imprenta el jueves último, cúmplenos hacer saber al director de dicho diario, satisfaciendo su deseo, que el artículo publicado en EL NORTE del viernes con la cabecera *Haciendo frente á una insidia*, es debido al «Comité Electoral Tradicionalista»; y si quiere el *Diario* la firma de una persona determinada para no tener, como él indica, que entrar en diatribas con un anónimo, esta firma sepa que es la del que esto suscribe, Presidente de dicho Comité.

JOSÉ M.ª VILAHUR
Gerona 18 10 1911»

Políticas

El "Diario de Valencia,"

Nuestro estimado colega *Diario de Valencia* ha obtenido un triunfo señaladoísimo, que completa el éxito alcanzado en las pasadas elecciones. El pasado lunes tiró y vendió en Valencia más de 20.000 ejemplares. Su máquina estuvo funcionando desde las tres mañana hasta cerca de las once.

Y, á pesar de todo, no pudieron servirse más paquetes á los pueblos sin hacerse el reparto á los suscriptores de Valencia á la hora debida.

Al *Diario de Valencia* no le basta ya con la máquina que posee.

Tira muchos miles de ejemplares y necesita máquina rápida que haga en poco tiempo su numerosa tirada.

Por ello *Diario de Valencia* piensa, muy justamente, en adquirir una rotativa.

Dinero no ha de faltarle. Cuenta con el entusiasmo de los jaimistas de toda aquella comarca, y ello basta.

Diario de Valencia será en breve un gran periódico rotativo, y de ello nos felicitamos.

Con ello la Prensa católica habrá alcanzado nuevo y señalado triunfo.

Verdugones parlamentarios

Un telegrama de *Le Temps* nos da cuenta de los progresos del parlamentarismo en Austria.

Dos parlamentarios, Malik y Hummel, son hace tiempo enemigos encarnizados, y aprovechan toda ocasión para lanzarse al rostro mutuamente los epítetos más infamantes. Con esta intención pidió la palabra el nacionalista Hummel, el cual llenaba á Malik de improperios, mientras éste le aguardaba al pie de la tribuna con argumentos de fusta, ya que no de fuste.

Los diputados consiguieron, sin embargo, proteger á Hummel, que pudo volver á su asiento. Pero entonces Malik subió á la tribuna para responder á su adversario, y puso á toda la Cámara por testigo de que había de dar á Hummel una respuesta contundente. En el mismo instante, sin que nadie pudiera evitarlo, se precipita éste, con el puño cerrado, hacia la tribuna y cuando está ya al alcance del «argumento», Malik le cruza el rostro de dos fustazos resonantes.

El azoramiento en el salón de sesiones y de verdugones es indescriptible. El presidente rompe la campanilla y pronuncia las palabras sacramentales: «¡Orden, señores, orden!», de las cuales hacen todos el mismo caso que de las nubes de antaño, mientras los diputados próximos rodean á Hummel y le contienen para que no se precipite sobre su adversario, que le aguarda tranquilo con aire de postillón.

La escena toma entonces un carácter grotesco. El diputado Hummel hace esfuerzos desesperados para desasirse y va perdiendo sucesivamente el cuello, la corbata, los tirantes... hasta que al fin, perdidos ya las fuerzas, se desmaya de ira. Los «camarás» lo sacan de la Cámara, y en cuanto Hummel vuelve en sí y abre los ojos espantados, no habla sino de comerse los hígados de Malik.

Los parlamentarios austriacos son animales de sangre caliente. Los de Francia, ¡son unos «peces»! No riñen fustazos; pero los grandes se comen á los chicos.

Lenguados hay muchos; deslenguados, bastantes, ó por lo menos, de poca lengua, que tartamudean al hablar, y luego dicen los periódicos amigos que eran discursos vibrantes de emoción. Hay peces que nadan entre dos aguas, y peces que mueren por la boca, como el ministro M. De Selves, que ha declarado no saber una palabra de los asuntos de su departamento.

Nadie sabe nada de nada; solo se sabe que todo el mundo ha cumplido con su deber en el asunto de la pólvora y en cualquiera otro. Especialmente M. Cheron, radical, que no tiene pelo en la lengua ni en el cogote, que grita como un energúmeno, abriendo una boca como las del Ródano, persuasivo, por la fuerza de los golpes que da en el pupitre y que se da en el pecho, de que él al menos está libre de culpa.

Todos están libres. Maissin y Louppe, á quienes se iba á castigar, han sido traladados, porque ciertas negligencias en sus servicios desaparecerán con el cambio de clima y con el aumento de sueldo.

Impresiones...

Años hace ¡y tantos años! dominaban en nuestro suelo los visigodos, aquellos bárbaros venidos de lijanas tierras, como buitres al hedor de carne corrompida, para devorar los restos del romano imperio que iba disolviéndose, víctima de sus debilidades, de sus corrupciones, de sus iniquidades... Aquellos bárbaros que no pudieron detener las decadentes legiones romanas ni los indígenas armados contra ellos por el sentimiento patrio, por su amor á la tierra, cayeron á los pies de la Iglesia de Cristo, y fueron corderos pacíficos los que un día habían sido leones terribles y furibundos... Brillan con fulgores de oro, pues que con oro están escritas, unas páginas brillantes de nuestra historia visigoda: aquellas páginas que nos pintan á los reyes á los pies de los Concilios Toledanos, asambleas augustas que dictaban leyes sabias para las iglesias y para los pueblos...

¿Habrá otra nación en aquellos tiempos tan floreciente como nuestra España gobernada por los reyes dirigidos por los Padres españoles y conforme á leyes dadas por los Concilios? Cuando en nuestra Patria brillaban los Leandros é Isidoros de Sevilla, los Fulgencios, los Tajones de Zaragoza, paralelamente á los Recaredos y á los Wambas, ¿qué era de Francia, de Italia, de Alemania, de Inglaterra?

España era entonces grande, muy grande, porque descansaba cabe la sombra de la Cruz...

Tanta grandeza se hundió en La Janda.

En las fatales aguas de La Janda, allá por el año 711, hundióse la monarquía de Rodrigo, minada por los judíos y los deudos de Witiza, y los traidores de don Julián y don Opas, al impulso de la morisma que de allende el estrecho habían atraído las suaves brisas del Mediterráneo. España fué morada, cayó en poder de los moros; y cuando éstos creían ser pacíficos poseedores de sus conquistas, en las crestas de las montañas oyeron extraños gritos de guerra. Era Pelayo de Cantabria que, al frente de un puñado de valientes, empezaba en Covadonga la reconquista de su Patria...

Y lo que era empresa de locos—si locos pueden ser los héroes—por la Patria de sus amores, fué gigantesca epopeya de ochocientos años de combates, que, después de inenarrables vicisitudes de gloriosas derrotas y victorias aprovechadas, después de jornadas como Valdejunquera y Catalañazor, Uclés y Navas de Tolosa, Alarcos y Salado, acaba ondeando el pendón de los Reyes Católicos en la Alhambra de Granada...

En aquella cruzada heroica de ocho siglos de combates, España se cubrió de gloria...

España en aquellos tiempos fué grande, muy grande porque descansaba cabe la cruz de Jesucristo...

España era la nación de la fé. Por esto Dios le regaló un Nuevo Mundo...

Nuestros reyes se llamaban Fernando el Católico, Carlos I, Felipe II...

Nuestros capitanes se apellidaban Gonzalo de Córdoba, el Duque de Alba, el Marqués de Santa Cruz, don Juan de Austria, don Alejandro Farnesio, don Luis de Requesens...

Nuestros conquistadores eran un Colón, un Hernán Cortés, un Pizarro...

Nuestras batallas, la de Lepanto, la de Pavía, la de San Quintín, la de Gravelinas, la de Gante, la de Amberes, la de Rocrozo...

Nuestros dominios, un Mundo Nuevo y un Mundo Antiguo...

España en aquellos tiempos era grande, muy grande, precisamente porque estaba cabe la cruz de Jesucristo...

Vinieron las corrupciones de los días de los últimos Austrias, y España fué cayendo, cayendo, y algo levantada por los primeros Borbones, al venir los días de los enciclopedistas y volterrianos fué perdiendo rápidamente hasta llegar á los días de Carlos IV y Fernando VII; no obstante, como fuego bajo cenizas, se conservaba en nuestro pueblo; por eso cuando aquel gran bandido de coronas que se llamó Napoleón, no comprendiendo, ébrio de orgullo y poder, que no puede esclavos ser, pueblo que sabe morir, como dijo el poeta, quiso dominar y sujetar esa tierra de frailes, como él llamó despectivamente; nuestro pueblo, por la Fe y por la Patria, se levantó é hizo morder el polvo al Capitán del siglo batiendo á las águilas francesas en aquellas épicas luchas de 1808 y 1809...

España fué grande, muy grande, en aquellos momentos en que todavía la movía la Fe; pero fué aquella nuestra última gloria...

Hoy la Fe está debilitada, casi extinguida...

España también está pobre, vilipendiada...

En los días en que creía, España era grande, muy grande...

En los días en que se cree poco, España está débil, pobre... arruinada...

V. DE SANRAMÓN.

GENERALES

NOTA BIBLIOGRÁFICA.—*La familia y el Estado en la Educación*, por el padre Sertillanges, profesor de filosofía moral en el Instituto católico de París, versión española, prólogo y notas, Jenaro González Carreño, profesor de psicología, lógica y ética en el Instituto de Pontevedra.

El problema de la educación es uno de los más graves que tienen planteados todos los Estados; en España es de una gravedad mayor, porque está, como ciertas enfermedades, en período de crisis. Una corriente laica viene ejerciendo presión sobre los Poderes públicos, y cada vez va haciendo mayores estragos la idea de sobreponer el derecho del Estado al derecho de los padres en la educación de los hijos y cambiar la norma de la instrucción pública.

Hay que estudiar eso bien, fundamentalmente, en todos sus aspectos, moral, filosófica, jurídica, política y socialmente.

Hay que fijar bien los derechos y deberes de los padres, de los hijos, del Estado; hay que delimitar franca y científicamente sus fronteras y salir al paso de los sofismas circulantes.

La escuela laica, la escuela gratuita, la escuela obligatoria. ¿Qué debe pensarse de eso? ¿Cuál debe ser nuestra posición? ¿Cuáles son los fundamentos filosóficos y sociológicos en que podemos apoyar nuestra reivindicación de la educación moral y religiosa?

Necesitamos tener ideas claras sobre eso, y difundirlas y hacer atmósfera con ellas, y contrarrestar así las malas propagandas de nuestros políticos radicales y los malos ejemplos que nos vienen de Francia.

Y pocos podían hacerlo más brillantemente y más á fondo que el insigne filósofo dominicano padre Sertillanges. La lectura de este libro conforta: es su argumentación tan espléndida y tan sólida, que afianza las convicciones. Leyéndolo dice uno: «Tenemos razón los católicos: esa omnipotencia del Estado ó del Municipio es una aberración, es el cesarismo llevado al sagrado del

